

GUILLERMO MORENO PERONISMO HOY

LA REORGANIZACIÓN



 Planeta

**GUILLERMO
MORENO
PERONISMO
HOY**

LA REORGANIZACIÓN

CAPÍTULO 1

LA DÉCADA GANADA

Cuando hablamos de la década ganada, es necesario aclarar que todo ciclo económico tiene dos finales posibles: que se complete o se agote. Si se agota es porque fracasó, si se completa es porque fue exitoso.

El ciclo económico de la convertibilidad, implementado por Domingo Felipe Cavallo —ministro de Economía de Carlos Saúl Menem— duró una década. Si bien tuvo desde su aprobación, en marzo de 1999, una época que podríamos llamar virtuosa, finalmente se agotó; el fracaso llevará al país a una tremenda crisis que concluyó con el pésimo gobierno de Fernando de la Rúa, en diciembre de 2001.

No siempre los ciclos económicos coinciden con los ciclos políticos. El de la convertibilidad (1991-2002), es un claro ejemplo de esto, abarcó dos períodos políticos: el de Menem —abril de 1991 a diciembre de 1999— más dos años de De la Rúa. Finalmente, el 6 de enero de 2002, se derogó tras casi once años de vigencia.

ENERO DE 2002-MAYO DE 2003

En enero de 2002, el peronismo con la asunción de Eduardo Duhalde como presidente, se hace cargo del gobierno. Así nace un nuevo ciclo económico que se conocerá como «la década ganada».

Pero, para dar continuidad a la gestión de Duhalde fue necesario buscar, entre los posibles candidatos presidenciales, el que tuviese en claro las causas por las cuales implosionó la convertibilidad del uno a uno —entre peso y dólar de las reservas del Banco Central de la República Argentina— e incluyese de una manera sensata, efectiva y con el menor daño social posible la salida del llamado «Plan de Convertibilidad».

La mayoría de los candidatos viables ponían como razón del desastre la inferioridad de los ingresos con respecto a los gastos públicos.

Por mi parte, junto con un equipo de economistas peronistas pensábamos que la razón estaba en que nuestra economía no generaba suficientes dólares como para desarrollar la producción nacional y solo se había recurrido a la práctica de tomar deuda externa, para cubrir el déficit fiscal.

Uno de los candidatos peronistas, Néstor Kirchner, gobernador de Santa Cruz, si bien había logrado en su provincia equilibrio fiscal, adhería a la primera posición del déficit fiscal.

EL PRIMER ENCUENTRO

Es imprescindible recordar el primer encuentro con Kirchner.

Estamos en 2002 en la Casa de la Provincia de Santa Cruz, Kirchner ha reunido los cuadros técnicos peronistas de la Capital Federal cuando expresa: «Todo el arco político ha sido atravesado por el pensamiento único de los noventa» y agrega que había que «revisar los conceptos de cómo la *intelligentsia* dominante había elevado a nivel de dogma».

Convencido de que el Frente para la Victoria iba a triunfar en las próximas elecciones, planteé mi postura: la inclinación por la segunda característica (la implosión) y la defendí señalando que «por las malas interpretaciones de los problemas económicos colapsaban los gobiernos, como había ocurrido con la Alianza de Fernando de la Rúa».

Mi posición indicaba que equivocarse en el diagnóstico del problema causaría un nuevo fracaso. No podíamos caer nuevamente en el error: creer que el conflicto provenía del desequilibrio fiscal y no de la «falta de dólares por la baja competitividad sistemática».

Al finalizar la reunión uno de los asesores del gobernador de Santa Cruz, Julio De Vido, pidió mis datos. Poco después fui convocado para trabajar en el equipo «Kirchner presidente».

Así arranca, desde el 2 de enero de 2002, «la década ganada», con Duhalde presidente y, en Economía, la gestión de Jorge Remes Lenicov.

«La década ganada» también abarca los gobiernos de Néstor Kirchner hasta la mitad del segundo mandato de Cristina Fernández de Kirchner.

RAZONES

Muchas veces se dijo que el primer indicio del fin de ese virtuoso ciclo económico, se debía buscar en el esquema de retenciones conocido como «la 125».

Las retenciones móviles implican que un monto del precio internacional se incrementa a través de los derechos de exportación; de esa manera el precio doméstico queda fijo.

En febrero de 2008, cuando se produjo el boom internacional en el precio de los alimentos, muchos sugerimos que la retención solo se aplicara a la soja. Pero Martín Lousteau, por entonces ministro de Economía, anuncia la creación de un nuevo sistema de retenciones para cereales y oleaginosas —por su fuerte presencia exportadora—. Estas retenciones estaban sujetas a la suba o baja de los precios internacionales de los alimentos.

El 11 de marzo de 2008 se sanciona la «Resolución 125», que desencadena el conflicto con las cuatro organizaciones patronales agropecuarias: la Sociedad Rural Argentina (SRA), la Confederación Intercooperativa Agropecuaria (Coninagro), las Confederaciones Rurales Argentinas (CRA) y la Federación Agraria Argentina.

La SRA representa los intereses de la oligarquía argentina —que deseamos que se transforme en aristocracia—, no así Coninagro ni la CRA ni, muchísimo menos, la Federación Agraria. No obstante, el error del gobierno motiva la unión de las cuatro entidades y pone en evidencia el rol que cumplían el ministro de Economía, Martín Lousteau, y su «protector», Alberto Fernández, desde la jefatura de Gabinete.

El sector del campo trata de soliviantar a la sociedad en su conjunto. Sin embargo, no consiguió la relevancia que pretendían. Después de los sucesos, Cristina gana la reelección de 2011 con el 54,11% de votos.

El 2013 es un año de transición. Axel Kicillof es secretario de Política Económica y Planificación de Desarrollo de la nación argentina (2011-2013). En noviembre de 2013 pasa a ser ministro de Economía. Para enero de 2014 devalúa y acuerda —con el Club de París— la deuda, indemniza a Repsol e intenta una negociación con los fondos buitres.

La devaluación modifica el vector económico de producción y trabajo, por uno de especulación y renta. El cambio de modelo desenlaza un debate interno en el gobierno.

¿El ciclo económico nacional y popular se había completado o agotado? ¿Se repetía la historia?

ALGUNOS ANTECEDENTES

Durante la Segunda Guerra Mundial, un número importante de manufacturas europeas habían sido reemplazadas por productos de origen local.

El Plan Marshall —programa con que Estados Unidos ayudó a Europa occidental después de la guerra—, implicó la recuperación de las economías europeas y la reinstalación de sus productos en el mercado.

Finalizado el conflicto bélico, Europa recupera los viejos mercados con productos buenos, baratos y bonitos. El efecto para la Argentina fue interrumpir el proceso de sustitución de importaciones en la industria liviana que Perón había comenzado con éxito. Al tensar el saldo de la balanza comercial —los dólares entrantes disminuían al mismo ritmo que aumentaba la cantidad de los que salían—, la restricción externa se hizo presente. He aquí el verdadero problema que atravesó la economía del peronismo en la década de 1950.

Promover la industria pesada implicaría someter al pueblo argentino al mismo sacrificio del pueblo soviético. Obviamente, Perón no era marxista ni discutía la hegemonía mundial.

Nuestra doctrina basada en el buen consumo y la felicidad del pueblo no concordaba con el sacrificio expansionista de Stalin —más tanques, más barcos de guerra—. Perón sabía que esa determinación llevaría a la Unión Soviética —como finalmente aconteció—, a hambrunas, miseria y dolor. En síntesis: catástrofe social.

En el intento de resolver esta situación crítica, el justicialismo convocó, en marzo de 1955, al primer Congreso de la Productividad y el Bienestar Social. El fin era consensuar un modo de desarrollo basado en la industria y en los niveles de producción conforme a las metas diseñadas por el Segundo Plan Quinquenal (1953-1957). El Congreso reunió a la Confederación General del Trabajo (CGT) y la Confederación General Económica (CGE). En 1952 se plantea que la eficiencia en economía se apoya en que «por lo menos hay que producir lo que se consume». Esto recién se concretaría en el Congreso. Esa crisis se hubiera resuelto con un esfuerzo de productividad. Es decir, ir por inversión, no por consumo. Entendiendo que inversión significa también ir por demanda, ya que la demanda no solo es consumo.

OFERTA/DEMANDA

Hay una vieja discusión en economía. ¿Qué va primero, la oferta o la demanda? Creo que nunca va a saldarse, porque no hay síntesis posible.

Para el peronismo en economía primero va la demanda. A través de ella aparece la oferta. Si no hay demanda, ¿para qué vamos a hacer oferta? De este modo vemos la economía desde la demanda sin perder de vista la inversión, que también es demanda.

Perón ofrece, en el Congreso de la Productividad y el Bienestar Social, como solución al «desequilibrio» económico

de 1952, incrementar la productividad de los factores de producción.

La respuesta fue, en junio de 1955, el criminal bombardeo a la Plaza de Mayo y, en septiembre, el golpe de Estado.

Tanto en 1952 como en 2012, los peronistas entendimos que la causalidad correcta para la economía es demanda hacia oferta. Esto indica que cuando el consumo es retraído o existe capacidad productiva ociosa hay que ir por consumo. Pero, cuando la producción llega al límite, cuando las fábricas y la agricultura están al máximo, es el momento de expandirse, y esto solo se puede realizar a través de la inversión que, como ya se señaló, al iniciar el proceso también es demanda.

Pero, para financiar la inversión hay que bajar el consumo y aumentar el ahorro. ¿Qué es el ahorro sino producción no consumida? Por lo tanto, ese ahorro es el que financia la inversión.

REVOLUCIONES VERDADERAS

La demanda tiene cuatro componentes básicos: el consumo, la inversión, el déficit fiscal y las exportaciones. Cuando un país, para seguir creciendo, demanda al mundo más de lo que importa puede generar restricción externa. Esta situación no puede ser permanente; es necesario generar un esquema de expansión de la oferta priorizando la inversión sobre consumo. Es decir, un Modelo de

Desarrollo Permanente y Sustentable con orientación a la producción.

LA REVOLUCIÓN CAPITALISTA

Llamamos revolución, dentro de la producción capitalista, a aquella que baja los costos de elaboración.

La primera revolución es la industrial, a fines del siglo XVIII; la segunda es la de los métodos, a principios del siglo XX, cuando todo pasa a ser medible; cien años después sucede la tercera revolución, la energética en Estados Unidos.

La Revolución Industrial, de mediados del siglo XVIII, generó con vapor movimiento mecánico. Esto significó, en términos económicos, una baja importante en los costos de producción.

La revolución que impuso normas al proceso industrial la desarrolla, entre otros, Henry Ford al adaptar la noria del frigorífico a la planta automotriz. En 1913, la unidad automotriz permanecía estanca y los obreros rotaban hasta completar el armado. En el frigorífico, el animal bovino muerto se cuelga para comenzar el proceso de desposte. Bajo el método fordista la unidad se desplaza y los trabajadores en puestos fijos ejecutan la función específica. Esta producción en cadena disminuyó las horas utilizadas y los costos primos de producción. Esto es en definitiva efectividad, eficiencia y productividad. Mientras los europeos fabricaban un auto en 96 horas hombre, Ford logró hacerlo en 15 o 16 horas.

Cuando los estadounidenses, al inicio del siglo XXI, anuncian la Revolución Energética, China y Alemania, con producción competitiva, habían penetrado en su zona de confort. Estados Unidos tenía *shale gas* y *shale oil* sin explotar. Lograr un proceso de extracción barato revolucionó al mundo. La manufactura estadounidense, con respecto a la china o la alemana, empezó a ser competitiva.

Al bajar los precios de las manufacturas estadounidenses, la Argentina, que estaba en el mismo proceso de reindustrialización incipiente, se encontró con que los productos importados pasaban a ser más económicos que los propios.

Nos vuelve a pasar lo que le había ocurrido a Perón en 1952.

DESANDAR EL CAMINO

Cuando volvió la restricción externa fue una sorpresa. Para aquel entonces, el ejecutivo pensaba que, con el aumento de precio del biocombustible, fabricado a partir de la soja y el maíz, tenía solucionada la economía. Pero, a partir de que Estados Unidos extrae *shale gas* y *shale oil*, el maíz y la soja se dejan de consumir. Esto causó la baja del precio internacional de la soja.

Esta realidad confundió al gobierno. La caída trajo un problema estructural, había llegado el momento de administrar el comercio exterior.

La pericia de nuestro equipo de trabajo tenía la virtud de estar seis meses adelantado, en julio anticipaba lo que iba a suceder en diciembre. Tras seis años de crecimiento intenso, esta crisis de 2009 nos desordena e impide que reaccionemos a tiempo y con justeza.

Por ese entonces, aparecen varios artículos donde se afirmaba que el euro sería la moneda de referencia, mientras que los prochinos argentinos auguraban que había llegado el tiempo del yuan. Nuestro grupo de economistas peronistas aseguraban que, si bien el yuan y el euro estaban muy presentes, el dólar seguiría como moneda preponderante. Transcurrían los últimos años de la primera década del siglo XXI, teníamos razones suficientes para pensar que Estados Unidos iba a socializar la crisis. Y eso hizo. Nuestra lectura fue que la crisis era financiera, no económica. Cristina salió al mundo a explicarla, pero la realidad es que habíamos perdido dos o tres años en definir correctamente el problema.

El modelo se había completado, había que hacer un esfuerzo de productividad para bajar los costos de la producción argentina, que no es lo mismo que seguir en el consumo. No hacía falta ninguna reforma laboral para mejorar la capacidad productiva, esa supuesta solución era una pavada liberal, la decisión debía ser un cambio en la orientación del modelo, debíamos ir por la inversión en lugar de ir por consumo. Para eso, había que generar una masa mayor de ahorro. Claro, para la política siempre es más fácil ir por consumo.

LA SOLUCIÓN QUE NO FUE

Por mi parte, comprendí que era momento de repetir lo hecho por Perón en 1952. Cristina autorizó la convocatoria a un «Segundo Congreso de la Productividad y Bienestar Social».

En vías de organizar el congreso, se hizo una primera reunión donde convocamos a los empresarios y dirigentes sindicales más importantes de la Argentina. Asistieron Techint, Aluar, Fate, Coto, Garbarino, Bulgheroni por Pan American Energy, Pagani por Arcor, Aceitera General Deheza, empresarios frigoríficos y cerealeros, automotrices. No participaron los empresarios del sistema financiero ni de los medios, no hacían falta, ya que no eran sectores productivos. También vinieron los dirigentes sindicales más importantes: SMATA, UOM, la Cámara de la Construcción, Sadop, textiles, la industria molinera, Omar Viviani del Sindicato de Peones de Taxis.

Hubo una ausencia, la de Hugo Moyano. La causa fue la rispidez provocada por la pretensión de Moyano de instaurar como candidato presidencial a un trabajador y la negativa con que Cristina respondió en el acto efectuado en el estadio de River Plate.

Si bien durante el mediodía de la primera reunión hubo acuerdo entre capital y trabajo, a la noche Cristina aborta el congreso.

El peronismo afirma que la correcta manera de avanzar en un modelo, que nadie había completado, era incentivar

la inversión. Axel Kicillof opinó que mejor era endeudarse para seguir consumiendo.

Se optó por lo segundo que traería votos. Así comienza el ciclo de endeudamiento.

ES LA ECONOMÍA

Cristina ganó las elecciones por un amplio margen. Como habíamos diagnosticado, el problema era económico, no político.

Pero cada vez más emergía la restricción externa. En ese clima Kicillof, desde el Ministerio de Economía, devaluó sin compensar aumentando las retenciones.

En el nuevo ciclo económico, la idea de producción y trabajo no fue el núcleo duro de las decisiones gubernamentales.

Perón en 1955 había encontrado la solución a la restricción externa. Esto le costó su derrocamiento.

Aquí sale a relucir otro tema: las condiciones exógenas o endógenas del desarrollo, un debate que tiene más de setenta años.

En las condiciones exógenas, la tasa de ahorro doméstica no financia la inversión necesaria para crecer sostenidamente, hay que apelar al ahorro externo. Pero, atención, ese tipo de ahorro es deuda. El peronismo, en cambio, abrevia en las condiciones endógenas, ya que considera que la tasa de ahorro doméstica alcanza para financiar un proceso de

crecimiento sostenido con inclusión social y acepta complacido la inversión extranjera, que complementa la interna.

De hecho, Perón al necesitar energía acuerda los famosos contratos petroleros con la California Argentina de Petróleo S. A. (decreto 6688), controlada por la Standard Oil.

En 2012, ante el mismo problema se debería haber implementado una decisión similar. Sin embargo, la opción elegida fue otra.

DISGRESIÓN EN TORNO A LA POBREZA

El debate alrededor de la pobreza se desarrolla en función de las características del fenómeno: si es estructural o circunstancial.

Si fuera del primer tipo, implicaría que la estructura económica no está en condiciones de abastecer los bienes y servicios indispensables para el buen pasar de la población.

A contrario *sensu*, si fuera circunstancial, una correcta política económica que garantice crecimiento con inclusión acabaría con eso.

Por lo tanto, se deduce que el fenómeno de la pobreza debe ser conceptualizado a partir de la capacidad del aparato productivo. Que oferte al mercado en cantidad, calidad y precio justo para que las familias accedan al consumo. La pobreza no significa que no haya plata, significa que no están los bienes y servicios accesibles al conjunto de la población.

En síntesis, el «buen gobierno» es aquel que consigue producir y comercializar los bienes y servicios básicos en cantidad y precio adecuados.

PAPELES DE COLORES

Como sociedad, hay algo que nos es complejo de comprender: somos pobres cuando carecemos de bienes y servicios. Tanto los socialdemócratas como los neoliberales hicieron creer a los pueblos que la riqueza o la pobreza radican en tener o no tener plata. Pero los peronistas sabemos que nadie es rico o pobre por un billete, en definitiva, un mero papelito de color. Para los peronistas la cuestión radica en que ese billete permita comprar lo necesario.

No es pobre aquel que no accede a bienes de lujo, sino el que no alcanza al consumo masivo (pan, leche, yerba, etc.).

Un correcto funcionamiento del Estado peronista es generar políticas económicas tendientes a que todos tengan trabajo y consuman en libertad.

MÁS POBREZA

La devaluación que generó Kicillof en 2014, más allá de que fue una decisión equivocada, provocó pobreza. Para que los aumentos no se trasladaran a los precios de los alimentos era necesario aumentar las retenciones.

Muchos señalaron que era el momento de reflotar la Junta Nacional de Granos y la Junta Nacional de Carne, pero esas políticas estaban fuera de época, ya no servían.

Las dos juntas nacionales estuvieron vigentes cuando el Estado exportaba y el comercio internacional era país-país. Por ejemplo, la Argentina le vendía a España.

La Junta Nacional de Granos compraba el cereal a los productores y lo vendía al mundo. Pero ¿cuál era el precio a pagar? Si compra y vende al mismo valor no hay ganancia. La diferencia está en comprar por debajo del precio internacional y vender al precio del mundo. Pero un país no es una empresa de lucro, necesita el pan barato para su pueblo.

Esa forma de operar, en el mercado internacional, hoy está fuera de lógica. La disciplina económica evolucionó, sobre todo en el peronismo, que comprendió que no se debe intervenir en la producción privada, sino en la distancia que hay entre el precio de venta y el precio de compra o por medio de cargas fiscales. Hoy Cargill Argentina le vende a Cargill China.

Las retenciones son un mejor recurso para resolver el problema. El gobierno no administra ni guarda granos y carnes, se evitan hechos dolosos y el problema de la calidad del producto. Su función es lograr que el trigo argentino esté más barato que en el mundo y dar a Cargill Argentina la libertad para que venda a Cargill China como quiera.

Existe la posibilidad de que los productores retengan la cosecha y por lo tanto la liquidación. Es cierto, pero ¿cuánto tiempo pueden hacerlo? Si los productores deciden

no vender, están en su derecho a hacerlo, pero el gobierno debe apelar a la sapiencia de cómo mantener una economía equilibrada sin desabastecimiento.

Lo hicimos durante diez años y no hubo un solo intento de retención de cosecha.

UN EJEMPLO

La Argentina consume y exporta leche. La vaca argentina da para el consumo interno la misma leche que para exportar. Si el exportador la vende en dólares hay dos caminos: o la leche de consumo interno pasa al valor de exportación o, a base de retenciones, el precio doméstico se diferencia del precio internacional.

Supongamos que Nestlé solo exportara y La Serenísima solo abasteciera al mercado interno; el proceso de elaboración de ambas empresas es el mismo: las vacas, los tambos, los camiones que retiran la leche cruda, los procesos de industrialización. Todo es igual, tanto para Nestlé como para La Serenísima.

Con las retenciones, se garantiza que la leche llegue al consumidor argentino a un precio normal sin que caiga el saldo exportable. Por el contrario, al devaluar, el productor recibe un mayor precio en pesos y solo Nestlé, que su mercado es el exterior, tendrá la capacidad de compra —paga más por la leche—. Por lo tanto o se desabastece el mercado interno o aumenta el precio, ya sea porque no le vende a

La Serenísima o porque esta debe comprar al mismo precio que Nestlé, y la encarece al consumidor.

Los peronistas miramos la sociedad de abajo hacia arriba, y trabajamos para que todos puedan comprar leche, pan, carne sin el fantasma del precio en función de la exportación. También, los peronistas sabemos que es falso que la Argentina produce alimentos para 400 millones de personas, por lo tanto, podríamos autoabastecernos. Digamos la verdad a los falsos profetas: la Argentina produce SOJA para 400 millones de personas, de modo que para no depender del mundo deberíamos comer solo soja.

La realidad es que el país produce, a duras penas, lo elemental para una dieta balanceada. Con políticas económicas equivocadas se incrementan los precios, crece la pobreza. El único modo de frenar ese aumento, de nuevos pobres alimentarios, es poner retenciones.

UN DIÁLOGO DIFÍCIL, PERO NO IMPOSIBLE

Toda devaluación deteriora el salario, con igual cantidad de dinero se compra menos. Pero como nadie compra menos comida de lo que necesita, se recortan otros gastos: no va a la peluquería, no llena el tanque del auto, no se va de vacaciones, ni al cine, ni a comer afuera. Así se deteriora el mercado interno. Ahora, que ya pasó, es fácil explicarlo, en aquel momento la política no lo entendió y Cristina tomó otra decisión.

Néstor Kirchner solía repetir que por encima de la economía estaba la política. Claro que él sabía mucho de política y sabía mucho de economía.

Mientras el tren vaya por la vía, la política económica acelera o frena de acuerdo al motorman —que es el presidente—. Pero cuando el tren descarrila, ¿qué hace el motorman? Se cruza de brazos en espera del dictamen de los técnicos para tomar decisiones.

Por lo tanto, ¿es cierto que la política determina la economía? Sí, pero solo mientras transita por los carriles normales. Es la política la que determina qué hacer con el presupuesto: si hospitales y escuelas o canchas de fútbol. La economía debe aportar los insumos: cemento, ladrillos, cal, etc.

Con los alimentos es igual, pero algunos gobiernos olvidan que, por este país, pasaron Perón y Evita; ellos nos enseñaron a comer con tenedor y cuchillo. No es lo mismo una hamburguesa que comer un asado. Alimentos sanos y abundantes son la base de una familia feliz.

Conclusión, a nosotros en 2012 nos pasó lo mismo que en 1952. En el caso de Perón, como había tomado la decisión correcta, primero bombardearon la plaza. Después el golpe lo destituyó. En 2014, con la devaluación y la búsqueda de incrementar la deuda, el centro fue ocupado por el vector especulativo-rentístico de la economía.